



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

LA ENFERMEDAD EN LAS CARTAS DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: CLAVES PARA UN DIAGNÓSTICO

Ángeles EZAMA GIL

(Universidad de Zaragoza)

<https://orcid.org/0000-0002-6777-4049>

Recibido: 24-06-2021 / Revisado: 13-09-2021

Aceptado: 02-09-2021 / Publicado: 18-12-2021

RESUMEN: El tema de la enfermedad es un leit-motiv recurrente en los escritos personales de las mujeres de letras decimonónicas. Entre las españolas son muy pocos los escritos de este tipo conocidos y muy escasa la bibliografía al respecto. Por ello esta indagación pretende abrir una nueva perspectiva tanto en el análisis del género epistolar como en la forma de interpretar la cuestión de la invalidez femenina en los epistolarios. Las cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda revelan que esta se vio aquejada a lo largo de su vida de distintos males de orden físico y psicológico. Son síntomas diversos de enfermedades apenas descritas e identificables, que podrían explicarse por la doble condición de poeta (genio) y de mujer de la escritora. La primera explica una actitud ante el mundo teñida de tedio (*ennui* o *spleen*). La segunda nos conduce al tópico de la mujer como enferma característico de la sociedad decimonónica.

PALABRAS CLAVE: Gertrudis Gómez de Avellaneda, epistolarios, autobiografías, genio y enfermedad, mujer y enfermedad, *mal du siècle*, *ennui*, *spleen*, *tedio*.

SICKNESS IN LETTERS OF GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: KEYS TO A DIAGNOSIS

ABSTRACT: Sickness is a recurring leit-motiv in personal writings of 19th century women writers. Among the Spanish Women there are only a few writings known and a very reduced bibliography about it. Thus, this research seeks to open up a new perspective both in the analysis of the epistolary genre and in the way in which the issue of female disability is interpreted in letters. The epistles of Gertrudis Gómez de Avellaneda reveal that she suffered throughout her life from different physical and psychological illnesses. She experienced varied symptoms of barely described and hardly identifiable diseases, which could be explained by her conditions of poet and woman. The first explains an attitude to the world tinged with tedium (*ennui* or *spleen*). The second leads us to the topic of sick woman characteristic of the 19th century society.

KEYWORDS: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Collected letters, Autobiographies, Genius and illness, Woman and illness, *Mal du siècle*, *Ennui*, *Spleen*, *Tedium*.

Hay en mí estas dos naturalezas poderosas del poeta
y de la mujer (a Romero Ortiz, carta 15).¹

I. LAS CARTAS DE AVELLANEDA: *ENCICLOPEDIA DOLIENTE*²

Enciclopedia doliente (en términos galdosianos)³ o *diario de un enfermo* (título de la novela azoriniana de 1901) son los sintagmas que cabría aplicar de modo ajustado a las cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, auténtico repertorio de enfermedades de toda índole, al igual que las obras de sus predecesoras Teresa de Cartagena (*Arboleda de los enfermos*, 1481), Santa Teresa de Jesús (*Libro de la Vida*, 1588) o Madame de Sévigné (cartas, 1743-1737), todas ellas de carácter autobiográfico.

Tula escribe a su médico, el Doctor Vicente Asuero⁴ y a sus amigos epístolas en las que hace numerosos comentarios sobre su mala salud, aduciendo síntomas diversos que solo en ocasiones parecen obedecer a una patología específica. Las referencias a la enfermedad son particularmente recurrentes a partir de 1853, sobre todo cuando escribe a sus amantes Ignacio Cepeda (Gómez de Avellaneda, 1914) y Antonio Romero Ortiz (Avellaneda, 1975) y a su amigo el hispanista francés Antoine de Latour (Thomy, 1976: 357, 360-404).⁵ Los achaques se acentúan desde 1869, pero en este periodo se detallan menos síntomas y son más frecuentes las afirmaciones generales sobre su mala salud y sobre la muerte en perspectiva. En la correspondencia menos íntima los detalles sobre este particular son solo esporádicos y se manifiestan en forma de catarros, gripes, dolores de garganta y otras molestias derivadas del clima, v.gr. en la que mantiene con Hartzenbusch (Fuente, 1995), Ventura de la Vega (Lozano, 1958) y otros.

En el epistolario de Avellaneda se repiten asiduamente vocablos relativos a sus padecimientos: adjetivos como *enferma* (carta 28 a Romero Ortiz: *enferma, muy enferma, pobre enferma*) y rara vez *mala* (carta 38 a Romero Ortiz) o *convaleciente* (carta a Ventura de la Vega de 15 de diciembre h. 1858). Pero sobre todo sustantivos como *enfermedad* (a Antoine de Latour, 3 de octubre de 1869), *extraña* (carta 36 a Romero Ortiz), *cruel* (carta 40 a Romero Ortiz) *penosa* (al marqués de Moscoso, 25 de junio de 1869);⁶ *malestar* (a Latour, 19 de enero de 1869), *indisposición* (al Dr. Asuero, 3 de julio de 1844); o los plurales *males* (a Manuel Cañete, 20 de abril de 1872, en Cotarelo 368-369), *achaques* (a Leopoldo Augusto

¹ Todas las citas de cartas a Romero Ortiz proceden de Priego, 1975; citaré por el número de orden que este les asigna, ya que las fechas son incompletas; no obstante, señala el editor que la mayor parte (45) corresponden a la primavera de 1853 y sólo 5 están fechadas entre 1859 y 1871.

² Sobre las cartas de Avellaneda véanse Ezama, 2014, 2016-2017, en prensa.

³ Tomo este sintagma de la novela galdosiana *Torquemada en la Cruz* (1893, parte II, cap. 2), donde se aplica a Justa, la esposa de José Donoso, aquejada de toda clase de dolencias.

⁴ Tula es el apelativo con el que la escritora escribe a algunos de sus amigos más íntimos, particularmente a Cepeda y a Romero Ortiz, pero también ocasionalmente a Juan Valera, Antoine de Latour, Manuel Cañete, Leopoldo Augusto de Cueto o Francisco Vila y Goiri. Vicente Asuero y Cortázar fue una eminencia médica del Madrid isabelino; llegó a ser doctor de la corte de Isabel II a partir de 1862; fue un adelantado del termalismo y de la homeopatía en España. Asuero trató en su enfermedad al segundo esposo de Avellaneda, Domingo Verdugo (carta de 3 de enero de 1859). Son en total trece las cartas dirigidas por la escritora al médico (1844, 1858-1859) editadas por Rodríguez Moñino (1959: 16-22).

⁵ Esta correspondencia se conserva en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia (Mss. 562). A Latour le unen intereses literarios, pero también políticos, ya que el hispanista francés fue secretario del duque de Montpensier desde 1843 (y Avellaneda apoyaba la causa del pretendiente francés en su aspiración a ocupar el trono de España tras la revolución de 1868); además les une la común amistad que ambos mantuvieron con la escritora *Fernán Caballero*, también vinculada al círculo de Montpensier, si bien la relación de Latour con Fernán Caballero fue mucho más estrecha que la de Tula con la escritora hispano-alemana (Bruña, 2013).

⁶ Inédita. Se conserva en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda. El VII marqués de Moscoso (Joaquín Arias de Saavedra y Araoz) era un gentilhombre de la Reina de España al servicio de la infanta Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.

de Cueto, 19 de mayo de 1871);⁷ *padecimientos* (carta 2 a Cepeda)⁸ y *dolores* físicos (cartas 5, 6, 39 a Cepeda), pero sobre todo morales (carta 48 a Cepeda).

También es frecuente la alusión a la enfermedad mediante fórmulas relativas a lo precario de su salud: *delicada de salud* (a Ildefonso Antonio Bermejo, 1852; en Rodríguez Moñino 1959: 39-40), *el mal estado de mi salud* (al duque de Montpensier, 14 de febrero h. 1870),⁹ *mi poca salud* (Hartzenbusch, h. 1857), *mi salud, mal* (a Latour, 3 de octubre de 1869), *el estado de mi salud es tan malo* (a Romero, 26 de diciembre de 1870), *mi mala salud* (al P. Coloma, 23 de abril de 1871),¹⁰ *el estado de mi salud continúa tan malo que no salgo a parte alguna* (a Cueto, 1871), *mi salud no es nunca buena* (a Latour, 21 de junio de 1871), *mi salud siempre mala* (a Luis Coloma, 12 de septiembre de 1871).

Para paliar sus males, Avellaneda encuentra que «el reposo físico y moral es para mis males la mejor medicina» (a Romero Ortiz, carta 9). Este remedio aparece ya en las tempranas cartas a Cepeda: «He recibido la tuya en cama, pues mi jaqueca se ha hecho tan fuerte, que no puedo tenerme en pie, y tomé y conservo la cama» (carta 48), y en muchas posteriores: «aquellas fatales horas, que esperaba pasar cerca de ti, las tuve en la cama con fiebre y con dolores crueles» (a Romero Ortiz, carta 28), «he estado en cama cinco días con una erisipela en la cara» (a Ventura de la Vega, 15 de diciembre h. 1858), «guardaba cama aquel día —como otros muchos—» (a Latour, 5 de febrero de 1871).

Con el fin de tratar sus padecimientos los médicos le recomiendan los baños de mar o tomar las aguas en balnearios. A los baños de mar de Santander concurrió en 1854 (a Cepeda, 26 de marzo de 1854) y a los de Puerto Real en 1869 (al marqués de Moscoso, 25 de junio de 1869). Sus estancias balnearias, aconsejadas por el Dr. Asuero, tuvieron lugar al menos en los veranos de 1857, 1858 y 1859 (Ezama, 2011) y en los de 1868, 1869 y 1870: «Aunque ya fui a Alhama los tres años que prescriben los médicos, siempre tuve intención de volver esta primavera, por cuarta vez; mas multitud de obstáculos me han ido reteniendo bien a pesar mío» (a Latour, 21 de junio de 1871). Este mismo remedio balneario lo adoptaron Carolina Coronado (1848, 1850, 1864), Pardo Bazán (Pérez Sánchez, 2006) y Concepción Gimeno (Pintos, 2016: 180-181), entre otras muchas escritoras del XIX.

2. PATOLOGÍA DE LA ENFERMEDAD EN GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: EL CUERPO FÍSICO. ENTRE LO FÍSICO Y LO MORAL

Tula Avellaneda falleció de diabetes sacarina el 1 de febrero de 1873 en su domicilio de la calle Ferraz 2, según la inscripción que consta en el registro civil (Cotarelo, 1930: 370). Parte de los síntomas que menciona la escritora en sus cartas podrían corresponder a la diabetes, que en esos años era una enfermedad aún poco conocida y en fase de investigación, tratada con régimen alimenticio, ejercicio físico, algunos medicamentos, y, por supuesto, la terapia balnearia (Durand, 1869: 419-478). Uno de sus primeros investigadores, el médico francés Claude Bernard (1877: 62-64) afirma que no se puede vincular la enfermedad a ninguna lesión orgánica precisa sino solo a la modificación de la orina (glicosuria), el aumento de la sed y el hambre, y el rápido adelgazamiento; estima también que el sistema nervioso influye de manera importante en la glicosuria (Ibíd.: 71).

7 Las cartas a Leopoldo Augusto de Cueto las publicó Rodríguez Moñino (1959: 25-38).

8 Las fechas de estas epístolas abarcan desde 1839 hasta 1854, aunque muy pocas de ellas están datadas y la ordenación cronológica ha sido muy discutida (Ezama, 2016-2017: 114-115); buena parte de ellas corresponderían a los años que van de julio de 1839 a julio de 1840; a los años 50 solo pertenecen tres cartas. Habida cuenta de estas circunstancias, citaré siempre por el número de orden de la carta según la edición de Lorenzo Cruz (en Gómez de Avellaneda, 1914).

9 Inédita. Se conserva en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda.

10 Véanse las cartas dirigidas al P. Coloma en Eguía, 1918.

Por ejemplo, la afección a la vista (Durand, 1869: 37-42) de la que habla en una carta a Latour de 21 de junio de 1871: «mi cabeza [...] agrava la mala situación de mi vista, en términos que aún no he podido corregir las pruebas del 5º tomo de mis Obras»; Gilbert y Gubar (1998: 72) señalan que las enfermedades oculares fueron muy comunes entre las mujeres escritoras, v. gr. Rosario de Acuña, Amalia Domingo Soler. También las infecciones de la piel son frecuentes en los diabéticos (Bouchardat, 1875: 38-39), tales como tener la espalda plagada de diviesos (carta a Hartzenbusch, 4 de mayo de 1855) o desarrollar una erisipela en la cara (a Ventura de la Vega, 15 de diciembre h. 1858). Otros síntomas pueden ser la *neuralgia diabética* (Lair, 1867: 264-265) a la que se refiere en carta a Romero Ortiz de 25 de noviembre de 1868, el catarro pulmonar (Durand, 1869: 251), en carta a Vila y Goiri de 30 de marzo de 1855, o el reumatismo (Ibíd.: 248-250), en otra a Latour de 8 de mayo de 1870: «empiezo a poder vivir; esto es, a ocuparme de mis amigos más que de mi reuma».

Algunas de sus dolencias las achaca Avellaneda al clima, a cuyos cambios parece ser especialmente sensible, en particular a partir de los años 50; esta sensibilidad que el psiquiatra Arturo Galcerán llama *sensibilidad meteórica* (1884: 51), se traduce en síntomas de orden psíquico y físico. Tula explica en la carta 14 a Romero Ortiz: «Yo, naturaleza nerviosa por excelencia, estoy más que nadie sujeta a la triste influencia de estos días opacos y destemplados: sufro física y moralmente de una manera inexplicable». El clima húmedo de Valencia no les sienta bien ni a ella ni a su esposo, según manifiesta en carta al Dr. Vicente Asuero, del 3 de enero de 1859. El calor tiene efectos adversos sobre su salud, con síntomas como dolor de cabeza, nerviosismo e incluso convulsiones; a Luciano Pérez de Acevedo le escribe el 18 de agosto de 1863 (Figarola-Caneda, 1929: 229): «padezco este verano, como en los anteriores, frecuentes dolores de cabeza y otras incomodidades nerviosas». Todavía en una carta al duque de Montpensier del 14 de septiembre de 1870 se lamenta: «El tiempo que hace influye de tal modo en mis padecimientos reumáticos, que me es materialmente imposible en estos días bajar y subir escaleras».

De los cambios climáticos se derivan achaques comunes como el constipado o catarro (a Cueto, 18 de noviembre de 1856), en ocasiones con acompañamiento de tos (carta 35 a Romero Ortiz). También son comunes, pero muy esporádicos, la gripe (a Hartzenbusch, antes del 20 marzo 1858) o los sabañones «hijos legítimos del cruel frío que aquí está reinando» (a Cepeda, 14 de febrero de 1847).

Sin embargo, los males que más asiduamente aparecen en estas cartas son los que tienen que ver con el corazón, que a veces son de orden físico, v. gr. en la epístola 9 a Romero Ortiz le dice que «está físicamente enfermo su pobre corazón» y en la que dirige a Latour el 3 octubre de 1869: «aquel día, mi buen amigo, creí morir en fuerza de los dolores del corazón». En otras ocasiones el corazón duele moralmente, sobre todo en las cartas a Cepeda, en las que domina la pasión amorosa; así, en la 48 le comunica: «mis dolores no han sido esos dolores tuyos, que no son más que fantasías; yo he sido desgraciada, tú lo sabes; la suerte ha querido que yo lo sintiese todo; lo poseyese todo, y todo lo perdiese. No juegues con este corazón lastimado»; y en algunas a Romero Ortiz como la 11: «no oso tener confianza ni en mi propio corazón, que tanto se ha engañado antes, ni en el corazón tuyo, que es todavía para mí una región nueva apenas entrevista».

Tula padeció asimismo jaquecas y/o neuralgias, al menos desde 1839 (a Cepeda, cartas 10, 21 y 48), y en particular en los años 60 (a Julio Rosas, 3 de septiembre de 1862 —Figarola-Caneda, 1929: 226—; a Dolores Cruz, 15 de octubre de 1862 —Escoto, 1911: 34—); en cartas a Latour, de 19 de enero de 1869 y de 21 de junio de 1871 dice que son continuos

sus dolores por esta causa. Sufrió incluso algún cólico: «un cólico bilioso con espantosos calambres, por manera que creí que tenía el cólera»¹¹ (a Romero Ortiz, carta 40).

La fiebre o calentura es un síntoma de la jaqueca en la carta 10 a Cepeda, y del estado de la sangre en la 36 a Romero:

Dice [mi médico] que tengo algo de calentura y que no cree que sea del constipado sino del estado general de la sangre, que, según su expresión, está siempre en mí *hirviendo*, pero en estos días más que *hirviendo: requemada*. Eso acaso explique mi irritabilidad de espíritu de los días últimos.¹²

Estos padecimientos físicos se diversifican e incrementan con el paso de los años, a juzgar por su presencia más asidua en las cartas más tardías, y envuelven, cada vez más la idea de la muerte inevitable como resultado de ellos; aparece ya en los años 50 en la carta 18 a Romero Ortiz: «Una pobre enferma no sirve para nada: no debe pensar en nada, sino en morir [...] este malestar que me mata [...] yo no sé qué es esto que tengo, pero siento que es cosa que me matará pronto o tarde». Se incrementa desde 1869: «aquel día, mi buen amigo, creí morir en fuerza de los dolores del corazón; como que confesé y dispuse lo que habían de hacer con mi cadáver» (a Latour, 3 de octubre de 1869). Y se acrecienta en los años 70:

no quisiera se inquietasen demasiado mis amigos por esta declinación de mi vida terrestre, que no me asusta gran cosa. Este mundo, amigo mío, es tan malo y tan infeliz que empiezo a sentirme harto ahogada moralmente en su atmósfera de podredumbre y lágrimas, pareciéndome que Dios nuestro Señor —tan bueno y generoso— no ha de sacarme de aquí para que empeore, sino más bien para restaurar mi pobre alma en un mundo mejor, que sin duda no he merecido yo, pero que por mí mereció Jesucristo. No deseo ni pido mi salida de la tierra, pero la presento sin pena y casi sin miedo ya, por lo cual quiero que mis buenos amigos —penetrados de esta verdad— cesen de considerar una desgracia para mí los achaques que me anuncian se acerca la época del gran viaje inevitable (a Latour, 9 de enero de 1871).¹³

Los sufrimientos de orden físico tienen su correlato en los de orden moral. En varias ocasiones en sus cartas explicita Avellaneda la vinculación entre unos y otros, especialmente en las dirigidas a Romero Ortiz. El punto de partida es a menudo el mal físico: «es gran desgracia, Antonio, que lo físico altere tanto lo moral» (carta 36), «Tal está mi cabeza que suelo no recordar hoy lo que hice ayer. En medio de este trastorno que la parte física produce en la moral una cosa, empero, permanece inmutable y clara» (26 de diciembre de 1870). Pero también en ocasiones sucede a la inversa, como en la carta 9: «Hace algún tiempo que me tiene dicho mi Esculapio que solo evitando las emociones fuertes puedo recobrar la salud; que el reposo físico y moral es para mis males la mejor medicina. Estoy tocando la verdad de su receta: la felicidad que durante dos horas he gozado cerca de ti me ha hecho mucho daño».

¹¹ No extraña este temor ya que entre 1854 y 1856 hubo en Madrid una epidemia de cólera.

¹² Cf.: «La mitad de los españoles no toman parte activa en el carnaval ni en la cuaresma, y tienen por tanto su sangre *vivita*, su sangre *hirviendo*, su sangre gruesa, su plétora primaveral, y en tal estado sobrevienen los mareos, la comezón, el malestar, el empacho, son inminentes las congestiones, corren un peligro, y al médico toca vigilar» («La Cuaresma y el médico», *Los Avisos*, Madrid, 10 de enero de 1878, p. 74).

¹³ Los presentimientos de muerte son también frecuentes en el epistolario de Juana Borrero a Luis Uhrbach (Moris, 2007: 143, v. gr.), aunque Juana se refiere a ellos a una edad muy temprana, ya que falleció a los 19 años.

La influencia de lo moral sobre lo físico ya la apuntaba Cabanis en 1802 (406): «La grande influence de ce qu'on appelle le *moral* sur ce qu'on appelle le *physique* est un fait général incontestable: des exemples sans nombre la confirment chaque jour». Pero desde el descubrimiento de la frenología se pone el acento en la influencia inversa, ya que dicha ciencia ha demostrado que «toda causa material externa, la cual puesta en contacto con nuestro físico, afecta nuestro sistema nervioso intra o extracraneal, necesariamente ha de afectar algún principio mental, incluso casi siempre el moral» (Cubí, 1853: 912).

3. AVELLANEDA POETA: LA ENFERMEDAD ROMÁNTICA

Pese a lo innegable de los padecimientos físicos de la escritora, Tula sufrió primordialmente males derivados de su condición de poeta romántica. En el siglo XIX afirma Utrera (2015: 28) que «en algunos círculos literarios se pone de moda y se promueve como algo positivo la imagen del poeta asociada a la enfermedad mental y física, y cuando menos, a ciertas rarezas ajenas a los comportamientos convencionales». Pero esta asociación no es nueva; ya en el siglo XVIII el médico Samuel Auguste Tissot en *De la santé des gens de lettres* (1768) había incidido en los males fisiológicos y patológicos derivados del exceso de intelectualismo (Vila y Chalmin, 2015). En el XIX la obra de Cesare Lombroso *Genio e Follia* (1864) constituyó un hito en la conformación de este mito, consolidando una imagen de la genialidad ligada a la patología.

En la controvertida relación entre el genio y la locura (Romero, 1955) el concepto de melancolía fue una pieza primordial, ya que al temperamento melancólico se le atribuyó desde la antigüedad un talento excepcional para las artes, la filosofía o la poesía, una superioridad del espíritu. La melancolía había sido definida por el inglés Robert Burton en su obra de 1621 como «un tipo de locura sin fiebre, que tiene como compañeros comunes al temor y a la tristeza, sin ninguna razón aparente» (Burton, 1997: 172). Su causa más común es para Burton la pasión:

La mente afecta al cuerpo de la manera más efectiva, produciendo por medio de sus pasiones y perturbaciones alteraciones asombrosas, como la melancolía, la desesperación, enfermedades crueles, y algunas veces la misma muerte. Hasta tal punto que es absolutamente cierto lo que dice Platón en su *Cármides*: «todos los males del cuerpo proceden del alma» (249).

Pero también el gusto por el aprendizaje o el estudio excesivo, debido a dos razones principales: «Una es que viven una vida sedentaria, solitaria, “para sí mismos y para las Musas” [...] la causa usual es el exceso de estudio» (297), «La segunda es la contemplación, “que seca el cerebro y extingue el calor natural”» (298).

La melancolía moderna, a partir del siglo XVIII, se caracteriza por la tristeza, el aburrimiento y la indolencia (Pujante, 2018: 180), la soledad y la obsesión por autojustificarse (185). La melancolía romántica «se nutre de esa interioridad tempestuosa, azotada por impulsos opuestos en la que sus hombres viven en una intimidad reflexiva, imagen del melancólico sombrío, entristecido, desgarrado» (209); es el sentimiento de hastío,

de tedio, el *fastidio universal* acuñado por Meléndez Valdés en su elegía «A Jovino. El melancólico»,¹⁴ el *mal du siècle*¹⁵ en fin, al que siguen el *ennui* y el *spleen*.¹⁶

La melancolía se vincula a la imaginación desde los clásicos hasta el Renacimiento:

Del calor (que es la tercera calidad) nace la imaginativa, porque ya ni hay otra potencia racional en el cerebro, ni otra calidad que le dar; allende que las ciencias que pertenecen a la imaginativa, son las que dicen los delirantes en la enfermedad y no de las que pertenecen al entendimiento, ni memoria. Y siendo la frenesía, manía, y melancolía, pasiones calientes del cerebro, es gran argumento para probar que la imaginativa consiste en calor (Huarte de San Juan, 1575: f. 74).¹⁷

Se mantiene después, sin solución de continuidad, hasta la época moderna:

Un desorden más o menos grave en la inteligencia es harto comúnmente la triste suerte de los enfermos de imaginación ardorosa y talento cultivado, como los poetas, literatos y artistas. Un autor antiguo decía: *Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae*, y en realidad un gran talento es una predisposición a la sobreexcitación del cerebro, y por otra parte, raras veces se llega a ser grande hombre sin haber tenido por mucho tiempo una idea fija (Descuret, 1842: 41).

Avellaneda reivindicó reiteradamente en sus cartas su doble, inseparable e irrenunciable condición de mujer y escritora (Ezama, 2018: 249-253): «Poeta y mujer, nada puedo yo sino colocarme bajo la égida del poderoso nombre de Vd., persuadida de que lo que no merezca como poeta y mujer lo alcanzaré en vista de los sentimientos con que soy siempre de Vd. amiga y apasionada» (carta a Narváez de 3 de febrero h. 1850, en Ezama, 2014: 375). Es una poeta dominada por su imaginación: «Ni el amor ni la amistad son tales como los sueña una imaginación poética y cual los apetece un ardiente corazón» (carta 21 a Romero Ortiz). Tula se sabe escritora dotada de talento,¹⁸ inteligencia, ingenio, que ella enraiza en el sentimiento: «Yo perdono que me nieguen el talento, pero me lastima

¹⁴ El dolor romántico es el «doble sentimiento de vacío que siente el romántico: vacío del mundo injusto que rechaza a un alma superior y vacío del corazón» (Sebold, 1989: 157).

¹⁵ Esta expresión cobra su pleno sentido entre 1740 y 1848; empieza antes de Chateaubriand y termina con Baudelaire (Hoog y Bromber, 1954). Puede definirse como «une grande période de mélancolie. Amour de la solitude, habitude de la rêverie, impuissantes et vagues aspirations, incurable scepticisme, ennui, désenchantement, désespoir même, poussé quelques fois jusqu'au suicide» (Charpentier, 1880: 9).

¹⁶ *Ennui* y *spleen* son términos similares pero no idénticos. El primero podemos encontrarlo definido, v.gr. en Lamartine, v. gr. «L'ennui est le mal du génie; c'est l'état des grandes âmes; c'est la sensation du vide dans l'homme. Plus l'homme est grand, plus grand est le vide, plus il est impossible de le remplir, excepté par la vertu ou par l'amour» (Lamartine, 1872: 124). El segundo se consolida en *Les fleurs du mal* (1857) de Baudelaire; lo ilustra la primera sección del libro, *Spleen et idéal* y los cuatro poemas que dentro de esta llevan el título de *Spleen*. A la diferencia entre ambos términos, francés e inglés se refiere Leconte (1995: 15): «En général on tient à présenter le spleen comme sensation, ce qui implique une manifestation physique tangible, alors que l'ennui est perçu comme un phénomène plus cérébral [...] C'est bien cette forme de l'ennui sauvage associée à l'inquiétude et à l'obsession qu'on appelle "spleen". L'autre forme, plus douce et plus passive, associée à l'apathie, à l'ataraxie et à la mélancolie correspond à l'ennui».

¹⁷ He actualizado la ortografía y la acentuación del texto de la primera edición. Y lo mismo vale para algunos textos del siglo XIX que presentan particularidades en ambos aspectos alejadas de las convenciones al uso en nuestros días.

¹⁸ «No reconozco otra aristocracia que la del talento» (carta a A. Neira de Mosquera de 28 de febrero de 1843, en Cotarelo, 1930: 430). Este sintagma, que se repite en numerosas ocasiones a lo largo del siglo XIX, se atribuye comúnmente a Alexis de Tocqueville en su libro *La democracia en América* (1835). Lo he localizado con anterioridad en el artículo de Larra «Teatros. ¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?», *El Pobrecito Hablador*, n.º 4, septiembre de 1832: «En otras partes es la más apreciada la aristocracia del talento», y también en «Don Timoteo o el literato» (*Revista Española*, 30 de julio de 1833, p. 6).

hondamente el que quieran aislarlo de su origen [...] creo, como Pascal que los grandes pensamientos nacen del corazón» (a Romero Ortiz, carta 16).¹⁹ Se considera «excepcional en mi siglo y en mi sexo» (carta 4), rara (carta 2), excéntrica (carta 3), estrafalaria (carta 5), estrambótica (carta 16) (Gilbert y Gubar, 1998: 86-87). Se reconoce como un alma grande (carta 10 a Romero Ortiz), una mujer superior (carta 46 a Cepeda),²⁰ superioridad que le conceden también aquellos que la conocen, como Fernán Caballero:

Un compromiso me obligó a mí, metida en mi casa como un caracol, ir a ver a doña Gertrudis Avellaneda, pero por cierto que no me ha pesado. ¡Qué trato tan agradable! ¡Qué talento tan recto, sólido y firme! ¡Qué instrucción! Dicen que está engreída: no lo hallo así; pocas veces lo está una verdadera superioridad; pero aunque esto fuese, Jesús, ¡y cuántos sin motivo para estarlo lo están muchísimo más que ella! Desengañese usted, las mujeres han valido siempre más que los hombres; pero en este siglo se han elevado ellas todo lo que ellos han caído (carta a Guillermo Forteza, 9 de diciembre de 1864, en Fernán Caballero, 1912: 401).

Como artista de talento Avellaneda padece a menudo estados anímicos de tristeza, fastidio, hastío, melancolía, *ennui* y *spleen* (*splin*, *espleen*), que se manifiestan particularmente en las cartas a Cepeda y Romero Ortiz, v. gr.: «Paso muchos días en cama poseída de tristeza y fastidio insoportable» (a Cepeda, carta 5), «mi melancolía se aumenta cada día» (carta 6), «estoy en mis días de *esplin*, que él sabe son horribles, y que, por consiguiente, soy mujer muerta por ahora» (carta 48), «Armando me ha sacado durante un mes de aquel marasmo del alma; me ha arrancado de las garras de aquel infecundo tedio, de aquel monstruo que me persigue [...] de aquel tenaz enemigo» (a Antonio Romero, carta 5), «Fastidiada, llena de spleen y de misantropía, estuve en el teatro del Príncipe» (carta 8). La carta dirigida a Cepeda el 4 de febrero de 1850 es muy ilustrativa en este respecto:

llega un día en el cual comprendemos por qué no hallamos nada en torno nuestro; por qué el abismo inmenso de nuestra alma está siempre sediento y vacío; por qué todo ha pasado menos nuestro anhelo inmortal; entonces es preciso creer que hay algo que corresponda a ÉL, algo que sea como ÉL, eterno; como ÉL, infinito, en fin amigo mío, entonces creemos en Dios y buscamos a Dios [...] Hastiada del mundo, despreciando todos sus oropeles, necesitada de reposo y paz, anhelante de grandes objetos, yo, sin embargo, sigo aquí en medio de las pequeñeces tumultuosas de la vida social, que me pesa, que me fastidia, que me da lástima y risa [...] Mi vida habitual es la inercia, la postración, la ausencia de toda sensación poderosa.

Al igual que el poema de la carta 1 al mismo destinatario de fecha 13 de julio de 1839, cuyo tono recuerda no sólo al del sujeto romántico sino también al del ilustrado de fin de siglo: tedio, dolor, melancolía, desengaño, amargura, fatal destino y muerte se hallan entretreídos en el poema que comento. Algunas composiciones poéticas de Tula

19 En un reciente artículo, Comellas (2019: 684) ha caracterizado al *genio* moderno en la primera mitad del siglo XIX como producto de la reelaboración de la categoría previa de *ingenio*, que se define como una suma de talento, rebeldía contra las reglas, imaginación y nuevo aliento a la creatividad, ya no entendida como imitación; de este modo «el genio se consolida como el arquetipo del poeta». Siguiendo a Alberto Lista, Comellas afirma que «la voluntad de transmisión sentimental que impulsa a la creación no se alimenta de las herramientas de la razón ni de los argumentos de la lógica, sino que su verdad se demuestra en la misma conciencia del sentimiento y será esta la que logre hacer partícipe al lector de aquella emoción» (698). Esta faceta emocional conecta muy bien con la manera en que Tula Avellaneda concibe su quehacer literario.

20 Tiene la misma conciencia que Juana Borrero de su superioridad moral e intelectual (Moris, 2007: 76).

responden al mismo estado de ánimo; el soneto «Mi mal» (noviembre de 1841), en que se aproxima a la caracterización del tedio: malestar profundo, mal terrible y sin remedio «que hace odiosa la vida, odioso el mundo, / que seca el corazón»; y mucho más claramente la composición «A mi amigo Zorrilla» (julio de 1850), donde se describe como un alma ardiente, inquieta, agitada, anhelante hasta que llega «el infecundo hastío! / ¡El monstruo burlador que al genio apaga! / ¡Abre su diente inmensurable llaga! / ¡Llena su aliento el eternal vacío!», que «La devora sin fin, mas no la mata!».

Esta actitud de hastío vital que va inevitablemente unida a la vivencia del mundo que experimenta el sujeto romántico, ¿hasta qué punto es real en la joven Tula? Juan Nicasio Gallego (1841: XII) estima:

Posible es que la señorita de Avellaneda tenga fundadas razones para estar disgustada hasta el punto de pintarse consumida de tedio (tal es el asunto de uno de sus más bien torneados sonetos), cuando su condición social, sus pocos años y sus dotes personales debieran lisonjearla infinito; pero es harto más probable que esté algún tanto contagiada de la manía del siglo, y sea más facticio que real el desaliento que nos pinta en algunas de sus composiciones.

Muchos años después Emilia Pardo Bazán, en un artículo publicado en el *Diario de la Marina* el 24 de julio de 1910 (2006: 88) percibió también esa acomodación de la escritora a la moda romántica:

es principalmente en sus cartas donde hay que buscar lo que padeció de *enfermedad del siglo* la famosa hija de Puerto Príncipe [...] Merced a las dos corrientes, la melancolía romántica y la exaltación de las pasiones bajo el clima tropical, *Tula* fue tan magnífico caso de sentimentalidad literaria [...] plenamente desarrollada en sus correspondencias amorosas.

4. CON NOMBRE DE MUJER: ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA Y ENFERMEDAD EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX nos ha transmitido la imagen de la mujer como una enferma. Jules Michelet (1859: 52-58) afirma en su libro sobre el amor: «La femme est une malade»; el libro fue reeditado en muchas ocasiones y la afirmación de Michelet se repitió hasta la saciedad. La medicina en torno a la mujer, construida en el XIX, contribuyó a afianzar esta imagen, como ha señalado Catherine Jagoe (1998: 307): «Todo indica que la mujer normal, tal y como se la construía, es una figura liminal cuya fisiología linda con la enfermedad [...] Para estudiar a este ser tan fascinante y enfermizo nace en el siglo XIX la nueva especialidad de la Ginecología, o sea, ciencia o saber sobre la mujer».

El aspecto estético incidió también en la valoración de la mujer como enferma. Susan Sontag (1980: 47) afirma que, en el siglo XIX, coincidiendo con la prevalencia de enfermedades como la tuberculosis, se volvió atractivo tener aspecto de enfermo: «Gradualmente, el aspecto tuberculoso, símbolo de una vulnerabilidad atrayente, de una sensibilidad superior, fue convirtiéndose en el aspecto ideal de la mujer». Gilbert y Gubar (1998: 40) precisan: «el culto estético hacia la fragilidad elegante y la belleza delicada —sin duda asociado con el culto moral a la mujer ángel— obligó a las mujeres refinadas a *matarse* (como observó Lederer) para convertirse en objetos de arte», y añaden: «La socialización patriarcal hace enfermar a las mujeres, tanto física como mentalmente. La histeria [...] es por definición una *enfermedad femenina* [...] a lo largo de todo el siglo XIX se pensó

que esta enfermedad mental, como muchos otros desórdenes nerviosos, era causada por el sistema reproductivo femenino» (67).

Esta realidad encontró amplia acogida en la literatura del siglo XIX; mujeres novelistas y poetas tratan a menudo sobre la enfermedad en sus obras, tanto literal como figuradamente; y escritores masculinos convirtieron a la mujer enferma en protagonista (Pozo, 2013: 39-44). También en el arte fue leit-motiv recurrente el culto a la invalidez femenina (Dijkstra, 1994: 25-48).

Pero no se trata solo de una cuestión estética; para Charrier-Vozel (2015: 232) la enfermedad expresada en las cartas de mujeres dieciochescas es un lugar común de la carta familiar, que implica una «transformation des maux du corps en mots plaisants inscrivant la maladie dans le champ fécond de la sociabilité».

En cualquier caso, ya se trate del tópico que convierte a la mujer en un frágil objeto de arte o de un lugar común de la sociabilidad, lo cierto es que son muchas las escritoras que han dejado testimonio de sus enfermedades en sus textos más personales, desde Teresa de Cartagena y Santa Teresa de Jesús hasta el siglo XX. En el siglo XIX español los testimonios que pueden aducirse son muy pocos dada la escasez de epistolarios publicados y lo fragmentario de estos, y la casi completa inexistencia de escritos autobiográficos. Algunas cartas de Concepción Arenal y de Rosalía de Castro se inscriben en este paradigma; la primera se refiere a sus achaques en la correspondencia que mantuvo con el Dr. Asuero y su esposa Facunda entre 1844 y 1857, v. gr.:

Me preguntas por no sé cuántas partes de mi cuerpo, hablaré solo de las que están malas, siguiendo la regla general: en el mundo de los buenos se habla poco. Tanto mejor para ellos. Pues, como iba diciendo o como iba a decir, me han arrancado ayer dos muelas, porque doliéndome una y no pudiendo averiguar cuál era, según el método de enjuiciamientos que tenía la Santa Inquisición: con tal que no quede impune el culpado perezca el inocente. El infarto está peor que cuando tú le viste, pero mejor que estaba hace 15 días. Entre otras cosas me recetaron sanguijuelas, que no han podido hallarse y me holgué. En lugar de aceite de no sé qué, me doy con el de violeta que uso para el pelo, que tiene sobre el otro la incontestable ventaja de oler bien, y en cuanto a sus efectos terapéuticos, allá se irán (Concepción Arenal, carta a Facunda, de 25 de junio, s. a. en Varela, 2020: 85).

Las escasas cartas de Rosalía de Castro a su marido que se han conservado evidencian su mala salud y una enfermedad del alma que se trasluce, mejor que en sus cartas, en sus poemarios. En una de esas epístolas escribía Rosalía:

estos días en que me encuentro enferma, como estoy más *susceptible*, lo siento más. [...] Yo prosigo con mucha tos, mucha más que antes, aunque me cesaron los escalofríos. Sin embargo, se me figura que este golpe ha sido demasiado fuerte y que si llego a sanar, que no lo sé, me han de quedar restos y reliquias. Ya sabes que no soy aprensiva y que cuando estoy buena no me acuerdo de que he estado enferma, pero te aseguro que éste ha sido un golpe de lanza soberano y que no sé cómo quedaré. Te confieso que lo mismo me da, y que si en realidad llegase a ponerme tísica, lo único que querría es acabar pronto, porque moriría medio desesperada al verme envuelta en gargajos, y cuanto más durase el negocio, peor. ¿Quién demonio habrá hecho de la tisis una enfermedad poética? La enfermedad más sublime de cuantas han existido (después de hallarse uno a bien con Dios) es una apoplejía fulminante,

o un rayo, que hasta impide, si ha herido como buen rayo, que los gusanos se ceben en el cuerpo convertido en verdadera ceniza [...]

Tú ya sabes que cuando estoy enferma me pongo de un humor del diablo, todo lo veo negro.

Entre las escritoras de otras latitudes han sido rescatados muchos más textos personales; de ahí que sea más fácil sondear en sus escritos ejemplos equiparables al de Tula Avellaneda en lo que a la enfermedad se refiere. Muy próxima a ella se halla la condesa de Merlin, de origen cubano y con la que comparte circunstancias personales y literarias (Ezama, 2009), que afectan a su salud física y anímica:

Ma santé était toujours chancelante. J'avais de la peine à m'acclimater. J'avais été amenée en Europe trop tôt ou trop tard, aussi mon corps et mon âme s'en ressentaient. Indépendamment du développement complet de mes facultés, à l'âge où l'on est encore dans l'enfance, dans les climats de l'Europe, le tableau de la vie s'était déjà déroulé à mes yeux sous les faces les plus graves et les plus frappantes. Une organisation forte et mobile, un sang ardent, me faisaient tout saisir avec véhémence. L'habitude d'être tant aimée dans mes premiers ans m'avait disposée à colorer toutes mes sensations d'une teinte d'affection, disposition si dangereuse pour le repos de l'âme. Un défaut d'harmonie, si j'ose m'exprimer ainsi, entre ma vie et mon âge, m'avait amenée à un état presque habituel de mal-aise. Je languissais souvent, sans être précisément malade; ou bien, par une réaction inattendue, mes nerfs s'irritaient, ma poitrine s'oppressait; je souffrais et je pleurais. J'étais obsédée par une mélancolie intérieure, que je tâchais en vain de vaincre. Des désirs vagues d'un bonheur fantastique, je passais au dégoût de ma vie de tous les jours. Tout me semblait insuffisant dans ce monde (Merlin, 1836: 260-262).

En la Francia decimonónica, Flora Tristán y George Sand son dos buenos ejemplos de escritura de la enfermedad. La primera en *Peregrinaciones de una paria* (1838), refiere todo tipo achaques, entre ellos padecimientos nerviosos:

L'état dans lequel je me trouvais tient à mon organisation nerveuse. Après de grandes fatigues, j'ai toujours senti les mêmes effets. Les deux jours que je venais de passer à Islay m'avaient excessivement fatiguée [...] tout cela avait surexcité en moi le système nerveux de la manière la plus violente.

Je crus d'abord que les pleurs que je versais me soulageraient; mais, bientôt après, j'éprouvais un mal de tête excessif. La chaleur commençait à devenir extrême; la poussière blanche et épaisse soulevée par les pieds de nos bêtes venait encore accroître ma souffrance. Il me fallait tous les efforts de mon courage pour me soutenir sur ma mule (Tristán, 1838: 236-237).

Los males físicos están continuamente presentes en la correspondencia de George Sand desde muy tempranamente:

La santé occupe une place importante dans la correspondance de Sand. Elle était souvent malade, souffrant de rhumatismes, de la goutte, de maux de tête, de troubles cardiaques, de douleurs abdominales, de sensations d'oppression. Lors qu'elle écrit à sa famille ou à ses amis, il est rare qu'elle ne mentionne pas l'état de sa santé (Méo, 1999: 88).

Y a menudo son de orden moral en su *Historie de ma vie* (1855: 224):

Ma mélancolie devint donc de la tristesse, et ma tristesse de la douleur. De là au dégoût de la vie et au désir de la mort il n'y a qu'un pas. Mon existence domestique était si morne, si endolorie, mon corps si irrité par une lutte continuelle contre l'accablement, mon cerveau si fatigué de pensées sérieuses trop précoces, et de lectures trop absorbantes aussi pour mon âge, que j'arrivai à une maladie morale très grave: l'attrait du suicide.

Un poco más joven que Tula, aunque más longeva, fue la escritora argentina Juana Manuela Gorriti cuyo relato *Lo íntimo* se concluyó en 1892, aunque no se publicó hasta 1942. En Gorriti el agravamiento de las dolencias tiene que ver con el traslado de su residencia a Buenos Aires en 1875, pero también, y mucho (a diferencia de Avellaneda), con la edad, ya que empieza su escrito en 1874, a los 56 años; así, anota en febrero de 1892 una anciana Gorriti (1999: 255):

Aunque me he esforzado, no me ha sido posible escribir agobiada por la acerbidad de los dolores que cada día acrece más. Mis noches espantosas, mis gritos desvelan a todos. En fin, aunque los míos son tan buenos, un enfermo de tan larga duración tórnase fatigoso al cabo. ¡Qué bueno fuera morir! Al menos yo cada día lo anhelo más. Sufro mucho [...] Soy una presa del sepulcro, por más que le dé vueltas a la vida.

En las cartas de Tula Avellaneda hay lugar para la enfermedad nerviosa, sobre todo a partir del año 1845, intenso periodo en el que publica su drama *Egilona*, tiene una hija, muerta a los pocos meses, de su breve relación con el poeta García Tassara, gana dos premios de poesía de la Academia, y empieza a dirigir la revista *La Ilustración. Álbum de damas*. Todo ello debió debilitarla, ya que en la dedicatoria de la citada obra teatral a Bárbara Lamadrid escribe: «A usted ofrezco, amable Barbarita, esta última producción de un talento pobre y debilitado por la enojosa y tenaz enfermedad que hace algún tiempo ataca mis nervios y mi cerebro» (*Egilona* 3), y en sus *Obras literarias* (212) justifica la no inclusión del drama en ellas, porque «escrito en tres días y cuando era víctima de una afección nerviosa, que debilitaba mi cerebro — no se halla en esta colección, por juzgarlo indigno del trabajo de una reforma, a pesar de la indulgencia con que lo acogió el público al representarse el año de 1845». Es por estos años también cuando Nicomedes Pastor Díaz escribe la «Noticia biográfica» que precede a las *Poesías* (1850: XIX) de la escritora, en la que dice entre otras cosas:

Sus padecimientos de nervios y un ataque tenaz a los ojos, sus pesares domésticos, y aquel disgusto del mundo que a cierta edad se apodera con tanta amargura de las personas entusiastas y poéticas, que ven disipadas sus ilusiones ante la realidad inexorable de la vida, y que sin embargo no se avienen, no caben en esta realidad, han paralizado algún tanto la carrera de sus trabajos, si atendemos a las fuerzas y medios de que podía utilizarse una actividad menos desalentada.

¿Son solo padecimientos nerviosos puntuales producto de situaciones de extremada tensión? No lo parece, si atendemos a que en una carta a Romero Ortiz del 3 de mayo de 1853 Gertrudis se describe como «naturaleza nerviosa por excelencia», con tendencia a la irritabilidad como dice en la carta 14 al mismo: «todo se acabará si no quiero pensar

tanto y no ser tan irritable». También si atendemos a sus desigualdades de carácter, su volubilidad, expresada en varias ocasiones en las cartas a Romero Ortiz, v. gr. «mi carácter cambia en horas, en minutos, toca todos los extremos con igual rapidez» (carta 14), «soy caprichosa, y desigual y llena de inconsecuencias» (carta 15), «si no me has de pedir cuenta de mis irremediables disgustos, de mis irritabilidades, de mis aparentes caprichos; si te hallas con fuerza para sobrellevar mis desigualdades [...] yo no romperé tampoco el lazo que nos une» (carta 34). Esta inconstancia se debe probablemente a su peculiar *organización*: ella se dice dotada de una «*organización especial*» (a Antonio Romero, carta 14), y que «en los secretos de mi organización había un misterio indescifrable» (carta 15).²¹

Todo ello parece coincidir con el temperamento nervioso según lo describe el médico francés Descuret (1842: 35-36):²²

La vivacidad de sus sensaciones, la volubilidad de su lenguaje, la rapidez de sus gestos, la prontitud y veleidad sobre todo de sus determinaciones bastarían para calificar desde luego a un nervioso [...] el desarrollo y la actividad de su sistema nervioso coincide con mucha inteligencia y una sensibilidad exquisita; sobresalen en las bellas artes y en casi todos los ramos de la literatura.

El amor es en ellos con toda preferencia una necesidad del corazón que sienten con ardor: mas si dejan de amar con ternura, pronto aborrecen con furor. Por último, su irritabilidad, no menos viva en lo moral que en lo físico, es su triste suerte en este mundo, donde la suma de los dolores excede de mucho a la de los placeres; así que, impacientes y celosos, porque son débiles; tristes y descontentadizos, porque padecen; inconstantes y fantásticos, porque siempre buscan una posición mejor, esos seres, más dignos de compasión que de censura, son rara vez felices y hacen pesar sobre lo demás la inquietud y la necesidad de emociones que les devoran.

A lo que añade Debreyne (1851: 25) que

La volubilidad y la prontitud de resoluciones y de ideas se hacen notar particularmente en las mujeres nerviosas, cuya voluntad, aunque absoluta, es ciertamente muy inconstante y variable. Los sujetos nerviosos tienen las pasiones muy vivas e inconstantes se resienten profunda y dolorosamente de las más pequeñas reprobaciones, y son, por consiguiente, muy sensibles a las injurias y malos tratamientos [...] Su mucha sensibilidad y su carácter inconstante les ponen en la imperiosa necesidad de buscar siempre y en todas partes sensaciones y emociones nuevas; la monotonía les es en todas las cosas insoportable; aman todo género de placeres, y generalmente todo cuanto puede producirles emociones dulces y sensaciones gratas y variadas

La extremada sensibilidad de Tula se expresa repetidamente en la autobiografía y cartas a Cepeda; en aquella dice: «Yo me avergonzaba ya de una sensibilidad, que me constituía siempre víctima», en la carta 7 que es un «corazón sensible» y en la 21 se

²¹ El término *organización* (y su contrario, *desorganización*) es frecuente en la literatura médica del XIX; se refiere inicialmente a la «disposición de los miembros del cuerpo», pero además a la «naturaleza, constitución, temperamento». Aparece a menudo en los escritos de George Sand, v. gr. «L'organisation de la femme, sous ce rapport, est un prodige. On ne comprend pas une telle intensité de souffrance avec tant de force pour y résister» (1854: 87).

²² Aunque las cartas de Tula se parecen en muchos aspectos a las de la escritora cubana Juana Borrero, no aparecen en ellas referencias a patologías como la neurosis o la histeria, que son constantes en el epistolario de Borrero (Moris, 2007: 155-176); solo en una ocasión confiesa Tula padecer del *hístico* —la histeria— (a Cepeda carta 5).

describe como «mujer sensible». También en la carta 32 a Romero Ortiz afirma que es una mujer «tan delicada como impresionable» y en la 34 «impresionable hasta el exceso».²³

Además de la sensibilidad, predominan en Tula el sentimiento y la pasión considerados en el siglo XIX inherentes a la condición femenina: «À des facultés intellectuelles plus faibles, les femmes unissent ordinairement un plus haut degré de sensibilité; les affections vives et les passions les surprennent plus aisément, et les entraînent avec plus de violence» (Gall y Spurzheim, 1810: 166).

En sus «Apuntes biográficos» (1850: 353) confiesa Avellaneda: «tengo, o al menos he tenido, grandes facultades de sentimiento, si bien confieso que siempre con más pasión que ternura». Y en las cartas a Romero Ortiz se define como una «naturaleza ardiente» (carta 9) y una «mujer apasionada» (carta 15), y estima que «si es algo mi inteligencia se lo debe a que es mucho mi poder de sentimiento» (carta 16).

Los términos *pasión*, *sentimiento* (ambos irreprimibles, incontrolables) y *afecto* son muy frecuentes en la correspondencia a Cepeda; mucho menos el de *emoción*, v. gr.: «Yo no pude esperar nunca sustraer de esta ley al sentimiento que inspiraba, ni al que me animaba. Harto preveía, que una pasión que coloca al alma en una situación violenta no podía ser eterna, y que su misma actividad excesiva debía acelerar su destrucción» (a Cepeda, 21 de abril de 1840), «Yo, es verdad, te he dicho, más o menos acaloradamente, que no hallaba en tu corazón aquel grado de calor en los afectos que el mío siente y busca en los corazones que ama» (a Cepeda, carta 37). En las cartas a Romero Ortiz todos estos vocablos aparecen en mucha menor medida, v. gr. «me tiene dicho mi Esculapio que solo evitando las emociones fuertes puedo recobrar la salud» (a Antonio Romero, carta 9), «estoy persuadida de que nuestro afecto será siempre puro» (carta 10); quizás porque Tula es más cauta, a tenor del desengaño y de los dolores vividos, o porque este epistolario tiene, además, una marcada impronta intelectual que no tiene el de Cepeda.

También la imaginación es innata en la mujer, si atendemos a otro de los tópicos que sobre el género femenino se forjan en el siglo XIX:²⁴

se observa, que su imaginación es en iguales circunstancias mucho más veloz que en el otro sexo; que la expresión de sus sentimientos es más sublime; sus discursos más enérgicos; su lenguaje más fácil y fecundo; en fin, su penetración tan trascendental que abraza en un momento infinitos pormenores que se escapan al otro sexo. En las sorpresas especialmente que interesan su ternura, y en las urgentes ocurrencias o lances arriesgados, es cuando da las pruebas más brillantes de su extraordinaria capacidad (Viguera, 1827: 25).

Así, Sainte-Beuve, tanto en su *Galerie des femmes célèbres* (1859) como en su *Nouvelle galerie de femmes célèbres* (1865) destaca la imaginación de muchas de las grandes damas sobre las que escribe. Al respecto, Avellaneda comenta en una carta a Romero Ortiz: «acuérdate que yo soy mujer y que siempre mi imaginación enferma está presintiendo desgracias» (carta 12); v. gr. le confiesa en la carta 13: «Le tomo miedo a mi propia imaginación, a esa falaz encantadora que sabe hacer pesada una arista como si fuese una montaña, y ligera a una montaña como si fuese una arista» (carta 13). Esta imaginación derivada de su condición de mujer está muy presente en sus epistolarios amorosos.

²³ El *DRAE* no recoge la voz *impresionable* hasta 1914; es un galicismo equivalente a *sensible*.

²⁴ Pero ya Santa Teresa en sus *Avisos* decía que «la imaginación de las mujeres comúnmente suele ser vivísima» (Aviso IX, 34).

5. CONCLUSIONES

Las cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda constituyen un repertorio de enfermedades físicas y morales que funcionan a menudo en estrecha sintonía. Estos males se derivan fundamentalmente de su condición de poeta romántica, pero también en buena medida de su condición de mujer según los parámetros que para el género femenino establece la Medicina decimonónica, y que luego asimilan la Literatura, el Arte y la sociabilidad. Además de los padecimientos puramente físicos, las patologías más comunes en Tula son las que se derivan de su condición de poeta (que cabe definir en términos de tedio, *spleen* o *ennui*) y de su temperamento nervioso.

Son las cartas a sus amantes (Cepeda, Romero Ortiz) las más prolijas en detalles sobre sus dolencias, y también las dirigidas a su amigo Antoine de Latour, mientras que otros epistolarios proporcionan muchos menos datos en este respecto. Hablar sobre los males físicos y morales en las cartas puede ser una cuestión de sociabilidad, pero en Tula la mayor parte de las confidencias sobre su salud se dan en las cartas más íntimas. Y si en las de 1839 y primeros años 40 la enfermedad podría interpretarse como una concesión a la moda romántica, desde 1869 sus padecimientos se agravan y se hacen más continuos, en unos años en que la escritora comienza a envejecer.

OBRAS CITADAS

- BERNARD, Claude (1877), *Leçons sur le diabète et la glycogénese animale*, Paris, J. B. Baillière. *Google Books*.
- BÖHL DE FABER, Cecilia: véase FERNÁN CABALLERO.
- BOUCHARDAT, A (1875), *De la glycosurie ou diabète sucré*, Paris, Librairie Germer Baillière. *Google Books*.
- BRUÑA CUEVAS, Manuel (2013), «L'hispaniste Antoine de Latour (1808-1881)», *Cahiers de Civilisation Espagnole Contemporaine*, 10 (primavera de 2013), pp. 329-351. En línea.
- BURTON, Robert (1997), *Anatomía de la melancolía. I* [1621], prefacio de Jean Starobinski. Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- CABANIS, P. J. G. (1802), *Rapports du physique et du moral de l'homme. Tome second*, Paris, Crapelet. *Google Books*.
- CASTRO, Rosalía de (s. f.) [carta a Manuel Murguía], *Epistolario de Rosalía de Castro*, ed. electrónica de Helena González Fernández et al. En línea.
- CHARPENTIER, Paul (1880), *Une maladie morale. Le mal du siècle*, Paris, Didier et Cie, Libraires-Éditeurs. *Google Books*.
- CHARRIER-VOZEL, M. (2015), «Sociabilités de la maladie: des manuels épistolaires aux lettres de Mme. Riccoboni, de Mme. Du Deffand, de Mme. D'Épinay, et de Mlle. De Lespinasse», *Dix-huitième Siècle*, 47, pp. 231-243. En línea.
- COMELLAS, Mercedes (2019), «Genio romántico e imagen autorial desde los inicios del siglo XIX hasta Espronceda», *BHi*, 121/2, décembre 2019, pp. 683-708.
- COTARELO, Emilio (1930), *La Avellaneda y sus obras: ensayo biográfico y crítico*, Madrid, Tipografía de Archivos.
- CUBÍ I SOLER, Mariano (1853), *Lecciones de Frenología* [sic], Barcelona, Imprenta Hispana. *Google Books*.
- DEBREYNE, P. J. C. (1851), *Ensayo sobre la teología moral considerada en sus relaciones con la fisiología y la medicina* [1843], Barcelona, Imprenta de Pons y C^a. *Google Books*.

- DESCURET, J.-B. F. (1842), *La medicina de las pasiones y las pasiones consideradas con respecto a las enfermedades, a las leyes y a la religión* [1841], traduc. de P. Felipe Monlau, segunda ed., Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes y Cía. *Google Books*.
- DIJKSTRA, Bram (1994), *Ídolos de perversidad*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- DURAND FARDEL, Max (1869), *Traité clinique et thérapeutique du diabète*, Paris, Chez Asselin. *Google Books*.
- EGUÍA RUIZ, C. (1918), «Cuatro cartas inéditas de la Avellaneda (contribución a la edición nacional del Centenario)», *Razón y Fe*, 52 (noviembre), pp. 348-362.
- ESCOTO, José Augusto (1911), *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864*, Matanzas, Imp. La Pluma de Oro.
- EZAMA GIL, Ángeles (2009), «Criollas en París: La condesa de Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda y la duquesa de la Torre», *Analecía Malacitana* 32/2, pp. 463-482.
- (2011), «Los relatos de viaje de Gertrudis Gómez de Avellaneda», *Anales de Literatura Española*, 23, pp. 323-351.
- (2014), «Gertrudis Gómez de Avellaneda, epistológrafa. Cartas a Ramón María Narváez, duque de Valencia», *Siglo Diecinueve*, 20, pp. 351-383.
- (2016-2017), «Cerrando el círculo: un fragmento del diálogo epistolar entre Gertrudis Gómez de Avellaneda e Ignacio de Cepeda», *Romanticismi. La Rivista del CRIER*, pp. 109-131.
- (2018), «La identidad autorial femenina en las cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en María Martos y Julio Neira (coords.), *Identidad autorial femenina y comunicación epistolar*, Madrid, UNED, pp. 249-272.
- (en prensa), «Autobiografía y epistolario de Gertrudis Gómez de Avellaneda: Estado de la cuestión».
- FERNÁN CABALLERO (1912), *Epistolario*, en *Obras completas. Volumen XIV*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos.
- FIGAROLA-CANEDA, Domingo (1929), *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias*, notas ordenadas y publicadas por D^a Emilia Boxhorn, Madrid, Sociedad General Española de Librería, S. A.
- FUENTE, Ricardo de la (1995), «El Baltasar de Gómez de Avellaneda y algunas cartas a Hartzenbusch», *Siglo Diecinueve*, 1, pp. 117-138.
- GALCERÁN GRANÉS, Arturo (1884), «Estudio acerca de la locura», *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, XIV/182 (22 de enero de 1884), pp. 49-57. *Google Books*.
- GALL, F.J. y G. Spurzheim (1810), *Anatomie et physiologie du système nerveux en général et du cerveau en particulier. Premier volumen*, Paris, F. Schoell. *Google Books*.
- GALLEGO, Juan Nicasio (1841), «Prólogo», *Poesías de la Srta. D^a Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, pp. I-XIII.
- GEORGE SAND (1854), *Histoire de ma vie. Tome cinquième*, Paris, Victor Lecou Éditeur. En línea.
- (1855), *Histoire de ma vie. Tome quatorzième*, Paris, Victor Lecou Éditeur. En línea.
- GILBERT, Sandra M. y Susan Gubar (1998), *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX* [1979], Madrid, Cátedra.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (1845), *Egílona. Drama trágico en tres actos y cuatro cuadros*, Madrid, José Repullés.
- (1850), «Apuntes biográficos», *La Ilustración*, 2 de noviembre de 1850, pp. 351-353.
- (1869), *Obras literarias. Colección completa, Volumen 2*, Madrid, Rivadeneyra.

- (1914), *Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda*, segunda ed. corregida y aumentada; prólogo y necrología por Lorenzo Cruz de Fuentes, Madrid, Imprenta Helénica.
- (1975), *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Cartas inéditas existentes en el Museo del Ejército*. Ed. de José Priego Fernández del Campo, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- GORRITI, Juana Manuela (1999), *Lo íntimo* [1942]. *Obras completas. Tomo VI. El mundo de los recuerdos. Oasis de la vida y Lo íntimo*, Salta (República Argentina), pp. 195-260. *Google Books*.
- HOOG, Armand Hoog y Beth Brombert (1954), «Who invented the Mal du Siècle», *Yale French Studies*, 13, pp. 42-51.
- HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1575), *Examen de ingenios para las ciencias* [sic], Baeza, Juan Baptista de Montoya. En línea.
- JAGOE, Catherine (1998), «Sexo y género en la medicina del siglo XIX», en Catherine Jagoe et al. (coords.), *La mujer en los discursos de género*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, pp. 305-367.
- LAIR, Constant van (1867), *Las neuralgias. Sus formas y su tratamiento*, Madrid, Imprenta Española. *Google Books*.
- LAMARTINE, Alphonse de (1872), *Souvenirs et portraits. Tome deuxième*, Paris, Hachette & Cie. *Google Books*.
- LECONTE, Frantz Antoine (1995), *La tradition de l'ennui splénétique en France de Christine de Pisan a Baudelaire*, New York, Peter Lang.
- LOMBROSO, Cesare, *Genio e follia* [1864], tercera ed. ampliada, Milano, Ulrico Hoepli, 1877. *Google Books*
- LOZANO Guirao, Pilar (1958), «Cinco cartas a Ventura de la Vega», *Revista de Literatura*, XIII, pp. 136-139.
- MÉO, Patricia de (1999), «Ce que j'éprouve ressemble à la désorganisation: George Sand écrit la maladie». *Dalhousie French Studies*, 47 (summer 1999), pp. 87-92. En línea.
- MERLIN, Condesa de (1836), *Souvenirs et mémoires. Vol. II*, Paris, Charpentier.
- MICHELET, Jules (1859), *L'amour* [1858], cuarta ed., Paris, Hachette et Cie. *Google Books*.
- MONTESQUIEU (1803), *De l'esprit des Lois. Tome second* [1748]. *Oeuvres de Montesquieu*. Paris, Didot. *Google Books*.
- MORIS CAMPOS, Judith (2007), *Hacia una desarticulación del tópico de la virgen triste en el Epistolario de Juana Borrero*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona. En línea.
- NIEMEYER, Felix von (1873), «Diabetes sacarina», *Tratado de patología interna y terapéutica. Tomo IV*, traduc. de Enrique Simancas, segunda edición, Madrid, Rivadeneyra, pp. 577-593. *Google Books*.
- PARDO BAZÁN, Emilia (2006), «Cartas de la Condesa. Un episodio sentimental en la vida de la Avellaneda», *Cartas de la Condesa en el Diario de la Marina de la Habana, Cuba (1909-1921)*, ed. de Juliana Sinovas Maté, Newark/Delaware, Juan de la Cuesta.
- PASTOR DÍAZ, Nicomedes (1850), «Noticias biográficas», *Poesías de la Excm. Sra. D^a Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater*, Madrid, Delgrás hermanos, pp. XIII-XX.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Yolanda (2006), «La escritora en el balneario: Emilia Pardo Bazán y Mondariz», *La Tribuna*, 14, pp. 271-290.
- PINTOS, Margarita (2016), *Concepción Gimeno de Flaquer: Del sí de las niñas al yo de las mujeres*, Madrid, Plaza y Valdés Editores.
- POZO GARCÍA, Alba (2013), *Género y enfermedad en la literatura española del fin de siglo XIX-XX*, Tesis Doctoral, UAB. En línea.
- PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José: véase GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis, 1975.
- PUJANTE, David (2018), *Oráculo de tristezas. La melancolía en su historia cultural*, Barcelona, Xoroi edicions.

- RODRÍGUEZ MOÑINO, Antonio (1959), *Epistolario inédito de Doña Gertrudis de Avellaneda 1841-1871*, Valencia, Tip. Moderna.
- ROMERO, Julio (1955), «*Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae*: El mito del genio y la locura», *Arte, Individuo y Sociedad*, 7, pp. 123-138.
- SANTACRUZ Y MONTALVO, Mercedes de: Véase MERLIN, Condesa de
- SEBOLD, Russell (1989), «Sobre el nombre español del dolor romántico». *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas* [1970], Barcelona, Anthropos, pp. 157-169.
- SONTAG, Susan (1980), *La enfermedad y sus metáforas*, Barcelona, Muchnick editores.
- THOMY, Michèle (1976), *Correspondance espagnole inédite du XIX^e siècle. Collection Antoine de Latour*, Thèse pour le doctorat de 3e cycle présentée devant l'Université de Paris III Sorbonne Nouvelle sous la direction de Mr. le Professeur Robert Marrast, Paris, novembre de 1976.
- TRISTÁN, Flora (1838), *Pérégrinations d'une paria (1833-1834), Tome premier*, Paris, Arthus Bertrand. En línea.
- UTRERA TORREMOCHA, María Victoria (2015), *Poéticas de la enfermedad en la literatura moderna*, Madrid, Clásicos Dykinson.
- VARELA OLEA, M^a Ángeles (2020), «Cartas de Concepción Arenal a Vicente Asuero y su esposa, Facunda Villaescusa», *Cartas Hispánicas*, 12 (28 de diciembre de 2020). En línea.
- VIGUERA, Baltasar de (1827), *La fisiología y patología de la mujer. Tomo I*, Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía. *Google Books*.
- VILA, Anne C. y Ronan Y. Chalmin (2015), «*Malade de son génie...*: raconter les pathologies des gens de lettres, de Tissot à Balzac», *Dix-huitième siècle*, 47 (2015/1), pp. 55-71. En línea.